

*Una nueva historia**

GUADALUPE GÓMEZ FERRER MORANT
Departamento de Historia Contemporánea
Universidad Complutense. Madrid

En los umbrales del siglo XXI, estamos asistiendo a una renovación dentro del campo científico. En el mundo de la técnica y de las llamadas ciencias duras los logros son espectaculares, en el terreno de las ciencias sociales y humanas, los logros resultan menos brillantes pero no son menos ciertos. En lo que respecta a la historia, parece evidente, que en los últimos cincuenta años se ha producido una eclosión de nuestra disciplina. A lo largo de esta nueva andadura, se han detectado huecos y lagunas que han atraído la atención de los historiadores e historiadoras, y han dado lugar a espléndidas investigaciones en sectores que se encontraban un tanto desatendidos: la historia del mundo rural, la historia de las mentalidades, la historia de la vida cotidiana...

Actualmente nadie pone en duda que el objeto de la historia es todo aquello que hace referencia a la persona humana, y por ello las investigaciones tratan de aproximarse con buenas bases científicas, no sólo a la vida política, a la realidad económica o a los conflictos entre estados, culturas y civilizaciones, sino también a los marcos en que se asientan los grupos humanos, a sus esquemas mentales y a sus formas de vida... En este trabajo los historiadores e historiadoras han detectado, o están detectando la parcialidad que supone construir una historia que se desentiende en gran medida de ese cincuenta por ciento de la humanidad constituido por las mujeres. Porque hasta ahora la concepción del proceso histórico ha tenido un carácter androcéntrico, y en nuestros programas académicos, sólo excepcionalmente ha tenido cabida una referencia a las relaciones de género.

* BONNIE S. ANDERSON y JUDITH P. ZINSSER, *Historia de las mujeres: una historia propia*. Barcelona. Crítica. 1991.

Pero a pesar de todo, uno de los sectores que han encontrado más difícil integración en el mundo de la Academia es la historia de las mujeres. Con frecuencia —aunque justo es reconocerlo, cada vez en menor medida—, surge el tópico de la necesidad de introducir también una historia de los hombre, o la afirmación de que se trata de una especie de «desquite histórico», o de «mercedo desahogo», que lleva en todo caso a las mismas incoherencias y defectos históricos que se rechazan desde estos supuestos.

Creo que estos planteamientos parten de percepciones falsas. No creo que la solución esté en hacer una historia de los hombres y otra de las mujeres. El pasado es uno, y lo que conviene, sin duda, es hacer una lectura del mismo que aprehenda con la mayor fidelidad posible los distintos procesos y situaciones históricas, y los diversos esquemas mentales y formas de vida de la humanidad. Ahora bien, para ello hemos tenido, y seguimos teniendo serias dificultades, ya que había y hay muchos sectores de lo histórico insuficientemente conocidos. Y uno de ellos, es, indudablemente, el papel que las mujeres han tenido en este proceso histórico.

Si el pasado es susceptible de muchas lecturas, si cada generación, como decía Goethe escribe su propia historia, a fines del siglo XX, cuando se considera objeto de la misma cuanto afecta a la persona humana, y cuando las mujeres han accedido a la vida pública en igualdad de oportunidades, parece lógico que se deba de hacer una lectura de la historia que tenga en cuenta el papel y la función que les ha correspondido en ella.

Hoy, ningún historiador permite, por ejemplo, al hablar del romanticismo, que éste se resuma en una larga lista de autores y obras, y se convierta en una especie de apéndice referible al marco cultural de la primera mitad del siglo XIX. Por supuesto que el romanticismo, —por seguir con el mismo ejemplo—, es eso, pero también mucho más. Es una concepción del mundo que informa la política, el pensamiento, las formas de religiosidad, las actividades sociales, la vida cotidiana, las mismas relaciones internacionales... y que, por descontado, se plasma en unas manifestaciones artísticas y literarias. Pues bien, en mucha mayor medida, una historia que tenga en cuenta la vida de las mujeres, no puede hacer de esta última un apéndice o yuxtaposición de aquélla. Una historia que quiera ser integral debe tener en cuenta a los hombres y a las mujeres, y debe analizar su participación en el pasado. Esto exige, sin duda, una nueva conceptualización y una nueva relectura de la historia. Mas para ello, obviamente, es necesario contar con unas investigaciones previas, que permitan construir científicamente una historia global que no tenga una perspectiva androcéntrica; una historia que contemple las aportaciones, y las funciones de los hombres y de las mujeres —en la familia, en la economía, en la transmisión de saberes...—, así como las relaciones existentes entre ellos: las relaciones de dominación y de subordinación, pero también las estrategias adoptadas por unas y por otros. El tema ha sido objeto de creciente atención en los últimos lustros; buena prueba de ello son el conjunto de inves-

tigaciones, congresos, seminarios, masters y cursos de doctorado... que de manera cada vez más numerosa tienen por objeto la historia de las mujeres. Una historia, hecha sin duda, desde diferentes perspectivas, pero con un común denominador: el decidido propósito de que la lectura del pasado deje de ser andocéntrica, y tenga una perspectiva más auténtica y menos sesgada. Esto es, que tenga en cuenta la vida de los hombres y de las mujeres, los marcos públicos y los marcos privados.

¿Cómo hacer un estudio de las guerras sin tener en cuenta el papel que tuvieron las mujeres en el mantenimiento de la economía? ¿Cómo analizar la revolución industrial sin considerar la medida en que sus actitudes y su trabajo hicieron posible la expansión o el lento desarrollo de la misma? Y en cuánto se refiere a la fusión de elites o al mimetismo social de las clases medias en el siglo XIX, ¿cómo analizarlos en profundidad sin conocer el papel y las estrategias que desplegaron las mujeres? La lista de cuestiones a reconsiderar sería interminable. Mucho se ha trabajado últimamente, pero queda mucho por hacer, el resultado será, sin duda, otra historia más rica, más compleja, más sugestiva y más completa.

En los últimos seis meses dos obras han venido a paliar nuestra penuria en este terreno y han pasado, sin duda, a convertirse en textos de referencia obligada. Me refiero a la *Historia de las mujeres* dirigida por Michelle Perrot, en vías de publicación por la editorial Taurus, y a la obra de Bonnie A. Anderson y Judith P. Zinsser, *Historia de las mujeres. Una historia propia*, que acaba de aparecer en la editorial Crítica a fines de 1991. Las autoras no pretenden escribir una historia universal desde la antigüedad, sino una historia de las mujeres europeas hasta la actualidad. Una historia concebida desde la perspectiva de las mujeres, contemplada a través de sus ojos y ordenada con arreglo a los valores que ellas «definen», tal como sugiriera Gerda Lerner. Ello ha supuesto un ingente y concienzudo trabajo de diez años, dinamizado por un esfuerzo imaginativo que les ha llevado a aprovechar todas las fuentes y obras —de antropólogos, de folcloristas, de arqueólogos y sociólogos— que les pudieran servir para conocer y dar sentido a la experiencia de las mujeres en el pasado. Ello ha obligado también a las autoras a reconceptualizar la historia europea y a recurrir a unos planteamientos nuevos. Han utilizado los conceptos de «lugar» y «función», lo que les ha permitido considerar a las mujeres en el contexto geográfico e institucional, y analizar sus roles en la sociedad europea. De esta manera surgen categorías de organización más útiles que las tradicionalmente aceptadas para la finalidad que se proponen. A veces pueden darse coincidencias o aproximaciones, pero también se advierten lagunas y olvidos que, de esta manera, pueden quedar obviados. Es cierto, por ejemplo, que en los tiempos modernos, coinciden muchas veces las categorías de función y lugar con las diferencias de clase, pero no es menos cierto que se pone de manifiesto que, fenómenos como el Renacimiento, la Ilustración o las Guerras mundiales que se habían estudiado desde perspectivas que tenían en cuenta el desarrollo de la Razón, del Ca-

pitalismo o del Poder, nunca habían sido consideradas desde la perspectiva de las mujeres. ¿Qué papeles jugaron en cada uno de estos y de otros acontecimientos? ¿En qué medida cambiaron sus vidas y en qué medida contribuyeron con su quehacer o con sus actitudes a reorientar el proceso histórico?

La obra de Anderson y Zinsser resulta desde este punto de vista, altamente sugestiva e innovadora, ya que mientras unas épocas y unos acontecimientos tradicionalmente considerados pierden importancia, otros fenómenos la adquieren en cambio: el matrimonio, la familia, la regulación de la natalidad, la enfermedad, la organización de la casa, el trabajo cotidiano, el ocio, las creencias... En todos ellos cupo a las mujeres una función decisiva.

La obra consta de dos volúmenes que forman una unidad, y ésta dividida en nueve partes, precedidas de una breve introducción en la que se expresan los objetivos, los fines y los problemas que plantea el acercamiento al proceso histórico desde la perspectiva de las mujeres. Aunque el primer tomo llega hasta el siglo XVII, y el segundo desde esa época hasta nuestros días, esta cesura no es estricta, ya que el principio de estructuración de la obra no es la cronología, sino, como ya he señalado, el de las categorías de «lugar» y «función». Debido a esto, lo que subraya por debajo de las fechas son los factores de continuidad en determinadas épocas. Tampoco han pretendido las autoras trazar un panorama sistemático de las diferentes áreas europeas, sino que, al tratar de ciertas funciones las han referido a los marcos que resultaban más paradigmáticos. Es por ello, por lo que se ha juzgado conveniente añadir un extenso apéndice a la traducción castellana, sobre la Historia de las mujeres en España. Un conjunto de profesoras de nuestro país —C. Martínez López, M. M. Rivera Garretas, M. Vigil Medina, C. Sarasúa García, G. Nielfa Cristóbal, P. Domínguez Prats, M. C. García Nieto Paris y C. Fagoaga— coordinadas por Gloria Nielfa, profesora de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, y miembro del Instituto de Investigaciones Feministas de esta misma Universidad, —como la mayoría de las profesoras mencionadas—, han realizado este trabajo. Su objetivo, como ella misma afirma, no ha sido escribir «una historia distinta y única, sino una historia enmarcada en el contexto europeo, pero con rasgos y ritmos específicos». Se trata de una aproximación breve, —razones obvias no permitían otra cosa—, pero de gran valor, ya que constituye una nueva visión de nuestra historia, y puede convertirse en un excelente punto de partida para hacer una relectura de nuestro pasado y nuestro presente. Conviene tal vez subrayar, tanto el esfuerzo que les ha supuesto la revisión de la traducción de esta obra como la excelente labor de la coordinadora Gloria Nielfa, que en contacto permanente con la editorial Crítica ha hecho posible su publicación.

La obra de Anderson y Zinsser, decía, se encuentra dividida en nueve partes que responden a estas nuevas categorías organizativas. La primera

y la última forman una unidad y proporcionan la estructura de la obra. En la primera estudia el legado de las diferentes tradiciones —griega, romana, hebrea...— y el origen de las instituciones y costumbres que de ellas se derivan, y subrayan la medida en que estas tradiciones han condicionado la vida de las mujeres. En la última parte se analizan las actitudes de rechazo que éstas han manifestado ante esas «tradiciones heredadas», y se destaca que ese conjunto de actitudes y manifestaciones se han convertido a su vez en un conjunto de tradiciones que vienen a contestar a las ya existentes. Por eso, los títulos de ambas partes: «Tradiciones heredadas» y «Tradiciones rechazadas», que abren y cierran la obra, me parecen un magnífico hallazgo.

Las siete partes restantes: «Mujeres campesinas. Sosteniendo a las generaciones», «Mujeres de las Iglesias. El poder de las creyentes», «Mujeres de castillos y señoríos. Guardianas de la tierra y del linaje», «Mujeres de las ciudades amuralladas. Previsoras y compañeras», «Mujeres de las Cortes. Gobernantes, mecenas y damas de honor», «Mujeres de los salones y las tertulias. Damas, amas de casa y profesionales», «Mujeres de las ciudades. Mujeres, trabajadoras y revolucionarias», dan buena cuenta como los propios títulos indican de las funciones desempeñadas por las mujeres, y de los marcos en que éstas tenían lugar. En muchas ocasiones se refieren también a connotaciones ligadas al grupo social a que pertenecen. La segunda parte, «Mujeres campesinas...», y la octava «Mujeres de las ciudades...» guardan un estrecho paralelo. Analizan dos grupos muy numerosos de mujeres: las del mundo rural y las trabajadoras urbanas. Las autoras sitúan sus vidas al comienzo y al final de su trabajo con un intencionado propósito que ellas mismas confiesan: la «creencia en la primacía y la importancia de estas mujeres, con frecuencia tan ignoradas por las historias convencionales».

En fin, creo que nos encontramos ante una obra de extraordinaria importancia, tanto por el objeto de la investigación, que constituye hoy por hoy uno de los temas punteros de la historiografía, como por el método utilizado y las fuentes consultadas. Obra de extraordinaria importancia al margen de las limitaciones que sin duda podemos objetarle, disculpables, por otra parte si tenemos en cuenta que comenzó a gestarse hace diez años. Por lo demás, es indudable que sólo a partir de trabajos como éste será posible construir una historia de las relaciones de género que no es sólo una historia de las mujeres. En todo caso el resultado es una aproximación rigurosa, y a la vez viva y sugestiva, a los esquemas mentales y a las formas de vida de las mujeres europeas; es también la aproximación a unas claves que ayudan a entender la asunción de las distintas funciones y valoraciones de los hombres y de las mujeres a lo largo de la historia y es también una valiosa aportación para acercarnos a una nueva visión del pasado histórico que busque de manera más fiel, entender, conocer y comprender cómo ha vivido la humanidad.